

# Introducción

Este libro fue escrito hace más de veinte años. Decidí conservarlo con su texto original, salvo en dos o tres párrafos, que contenían elementos no relevantes para el asunto central.

Desde entonces hasta ahora numerosos han sido los cambios que han afectado a nuestro país y al mundo; obviamente la perspectiva que poseo ahora sobre los hechos a los que hace referencia el libro, ha cambiado en muchos puntos. Y sin embargo, decidí mantener el texto como en el original, porque en muchos planos expresa también la época en la cual lo escribí.

Por diversas circunstancias, quien me solicitara la realización del libro, luego no pudo concretar aquellas ediciones (se trataba de una colección sobre personajes de la historia latinoamericana) quedando por lo tanto la edición en una *impasse* forzosa hasta la actualidad.

Podrá tacharse a la visión de los hechos que aquí se expresa de parcial o interesada; en parte, aquella parcialidad es quizás inevitable por razones familiares; también en parte lo es porque casi todo relato histórico o de la historia es en última instancia una construcción en la cual debería estar incluida la misma historia del relator, su condición social, su ideología, sus creencias religiosas o filosóficas.

Deberíamos en consecuencia efectuar una historia de la Historia, incluyendo en ella la de los historiadores. Adquiriríamos tal vez una visión más acabada de un período histórico o una comprensión mayor de aquello que vulgarmente se nos presenta como una versión perfecta e inamovible, esto es de la "Historia".

Pero también al seguir ese camino, quizás caeríamos en un análisis *ad infinitum* ramificándose de igual forma al hacer caer también en el camino de la interpretación a los mismos intérpretes. Tal tarea, será quizás material de otras disciplinas.

En lo que respecta al material específico del libro, casi puede decirse que no apunta a otra idea más allá que la de ilustrar y demostrar a través de la figura paradigmática del general Heredia, hasta qué punto una visión dogmática y estereotipada como la de cierta

historiografía liberal puede transformar a un gobernante ilustrado y “civilizado” en parte de un conjunto –estereotipado también– de gauchos cerriles y bárbaros.

Del mismo modo la historiografía que se opuso a la versión tan conocida de la historia terrible sobre la lucha entre unitarios y federales ha caído en iguales acechanzas y errores.

Lo mejor que se puede esperar tanto en el campo científico como en el de la lectura de la historia es la posibilidad de abrir nuevas preguntas, no sólo respecto a los hechos y las circunstancias, sino también al ser íntimo de cada uno de los actores, a sus vivencias, temores, sentido humano; y en esto, desde una perspectiva histórica deberíamos atenernos solamente a los hechos, o sea a sus obras. En cuanto al resto, será creo, solamente algo de lo que podrá dar cuenta la literatura, la poesía o el cantar popular, otros modos de contar la historia.

Creo que todo relato, aún a pesar de la veracidad de los hechos a los que hace referencia, contiene un elemento infame respecto a las motivaciones y al espíritu de los actores, elemento que también nos afecta a los lectores en tanto partícipes del quehacer humano. Del sentido de la historia –si es que lo tiene– así como del sentido de la cultura, darán cuenta quizás otras disciplinas, otras generaciones; filósofos, religiosos, antropólogos. En cuanto a nosotros, lectores de una historia que aún padecemos en cierta forma y especialmente en tanto tragedia, bástenos con espiar apenas a través de un reflejo sobre aquello que no vivimos pero que todavía resuena.

# Prólogo

Que la historia la hacen los vencedores, es algo que los argentinos han podido aprender mejor que ningún otro pueblo. Y cabría agregar que la leen los vencidos; porque ¿quién no ha creído a la vez en la historia del “sangriento tirano” Rosas y sus temibles mazorqueros, o en las leyendas negras sobre personajes y hechos que escritores con más interés que veracidad han fabulado para consumo del futuro?

En particular la historia que atañe al general Alejandro Heredia, a las luchas entre unitarios y federales, a las montoneras de Felipe Varela y el Chacho y aun del mismo Artigas, es de esas “historias” que por mucho repetidas en boca de los vencedores acaba por convertirse en verdad santa para los escolares y la futura *intelligentzia* del país.

Es a esa historia, fabricada con anécdotas vulgares, con categorías ideológicas interesadas, esa historia que retacea hechos cuando no le conviene tratando de ajustar la realidad a sus esquemas, a la que aquí trataremos de dilucidar. Nuestro objetivo: descubrir a través del análisis de la historia y la vida de un caudillo argentino, una realidad que ha sido sistemáticamente falseada; deliberadamente unas veces o ingenuamente otras.

Esa realidad que nos interesa descubrir es la realidad de nuestro pueblo que tanto ayer como recientemente encarnó en la figura del caudillo sus aspiraciones más legítimas.

Nos proponemos explicar –dentro de lo posible– quiénes eran los caudillos, el papel que jugó este general en la historia argentina y provincial, y fundamentalmente revelar la personalidad de un guerrero de la Independencia, que como otros ha sido tachado de caudillo “bárbaro y cerril”.

Doctor en Teología y Leyes, general de la Independencia, diputado y gobernador de la provincia de Tucumán; protector por las provincias de Salta, Catamarca y Jujuy; fundador de pueblos y escuelas; autor de reglamentos y leyes a la vanguardia de la justicia de la época, Alejandro Heredia fue uno de los mejores frutos que diera nuestra historia.

El 12 de noviembre de 1838, en una senda de su provincia natal, una partida de hombres, bien pagados y montados, asesina a balazos y lanzazos a quien por aquel entonces los paisanos del Norte argentino conocieran por “el Indio Heredia”, el Protector del Norte.

Al amparo de su gobierno floreció la personalidad de Juan Bautista Alberdi, cambiante autor de las *Bases*, intelectual que con el curso de los años reconocería las virtudes de aquel que fuera su protector y también enemigo político. Unitarios acérrimos disfrutarían hasta la muerte de Heredia las bondades de un sistema político en el cual hasta ellos mismos, sus presuntos asesinos, tenían voz y voto.

Educado en el respeto al hombre, formado en las mejores enseñanzas jesuíticas, había heredado el Caudillo de sus padres y maestros el paternalismo que como expresión de una época y una circunstancia histórica habría de llevar a la práctica en el terreno que le tocó actuar.

Para la comprensión del significado que tenía en los pueblos del interior la figura de estos caudillos, el papel que jugaron en el curso de nuestra guerra independentista, convendrá referirnos antes a la situación americana previa a la Revolución, y brevemente, a las fuerzas que a mediados del siglo XIX procuraban en todos los terrenos imponer su dominación a las nuevas Repúblicas que nacían en nuestra amada América Latina.